



PALABRAS PARA UN FINAL

ÓSCAR BROX

EN BUSCA DEL CIELO, DE NATHALIE LÉGER (CHAI EDITORA)

En los últimos días he leído dos libros acaso complementarios: uno es *En busca del cielo*, de Nathalie Léger y el otro es esta especie de meditación filosófica de Denise Riley sobre la muerte del hijo. El primero aborda la muerte del marido, Jean-Loup Riviére, y la escritura de duelo que Léger lleva a cabo quién sabe si para fijar en palabras todos esos hilos de vida que se han ido con el cuerpo. Pienso en ello cuando, en un momento del libro, describe cómo besa el cuerpo del marido, cada parte de su desnudez, quién sabe si para memorizar tantas cosas que ya están dejando de ser.

Para Denise Riley, en cambio, el punto de partida es otro. Su libro comienza en forma de cuaderno de notas a partir de las semanas posteriores a la muerte de su hijo. Lo primero es obvio: ¿Cómo describir ese momento de inmensidad mortal cuando deja de haber cuerpo y, por eso mismo, desaparece la persona? Alguien dirá que se para el tiempo, que es uno de tantos recursos para hablar de la excepcionalidad del dolor, pero en verdad continúa de otra manera. Y de lo que se trata es de describir esa condición de la vida alterada.

Dice Riley: "pervivir tras una muerte, pero vivir sin habitar ningún tiempo verbal te presenta serios problemas ante lo describible. La lucha por narrar no solo se convierte en una perspectiva desmoralizante, sino también en algo estructuralmente imposible. No porque esté demasiado "conmocionada" para sentir el deseo de escribir ni que sea una palabra o porque estés instalada en la "negación", sino porque cuando el movimiento del tiempo se te detiene, también paran todos los habituales "antes" y "después" que apuntalan la narración. Ahora, tu tiempo nuevo, que se ha detenido, ya no tiene dirección. O, mejor dicho, ha desaparecido toda idea de direccionalidad".

Pienso en Léger, autora de libros habitualmente breves; por tanto, la clase de escritura que pesa cada palabra que escoge. En un punto, su libro parece arrastrarnos al pasado de la enfermedad del marido, en un rápido inventario de días y dolores, de gestos y escenas, que suceden a la velocidad del recuerdo -son pinceladas, unos pocos detalles bastan. Pero, también, nos sitúan ante la perspectiva del tiempo. Es decir, ante eso que antes resultaba difícil de entender y que ahora su escritura trata de ordenar. Pero, ¿es eso posible? Léger habla de lo que hay y de lo que no, y de esa confusión verdaderamente devastadora cuando pasamos de un estado a otro. O sea, cuando comienzan a agolparse los recuerdos, cuando convertimos los

recuerdos en argumentos, cuando intentamos que las palabras sean algo más que palabras. Que sean repositorios, casi, en los que una parte de esa persona que no ya no está pueda descansar. *En busca del cielo* es la narración no solo de la muerte y del duelo; me atrevería a decir que, también, de ese temblor humano ante la incapacidad de pasar por esos dos estados. La vergüenza, la parálisis moral, esas imágenes que Léger deja caer en sus páginas, pero que poco a poco se desmoronan por ser demasiado humanas, demasiado difíciles de poner en palabras. O, como mínimo, en palabras que sean justas. Y es ahí, en verdad, donde está lo bello de este libro. En el hecho de que explora un mismo caso desde diferentes ópticas. Nunca se cansa, nunca se detiene, si con ello se acerca un poco más a la necesidad de curar esa herida latente. Una herida que no es la de la soledad, ni la de la muerte tampoco -porque a eso, en fin, nos tenemos que enfrentar todos. Más bien, se trata de la herida del lenguaje, de esas palabras que ya no saben cómo construir un mundo, un cuerpo, un rostro, una voz o una persona, pero que no por ello dejan de intentarlo obstina-

damente, acumulando rasgos, matices, detalles, memorias que acabarán implacablemente difuminadas por el tiempo. ¿Es eso un fracaso? Yo diría que es, en ultimísima instancia, el más bello acto de amor. De amor al lenguaje, a la narración, a esa capacidad que tienen las palabras para ordenar un mundo. De ahí esa bella confusión entre personas (la segunda y la tercera, según el momento del texto) y tiempos verbales, ese ir y volver de momentos y escenas. Esa vergüenza propia tan tiernamente explorada y retratada.

Para una autora como Nathalie Léger, acostumbrada a escribir, a centrar sus obras, en otras personas, desde Barbara Loden a Pippa Bacca, este *En busca del cielo* puede resultar un libro francamente revelador: ahora es en ella donde busca la sustancia humana, ese pegamento con el que las palabras pueden atreverse a narrar lo que es, casi, inenarrable. Como si se tratase de otra clase de ficción, o de *performance*. Y eso hace de este libro una experiencia intensísima, sobre todo, porque tras esa forma tan deliberadamente natural, mezcla de recuerdos, imágenes y palabras de duelo, aflora una composición elaborada que no deja de preguntarse, de preguntarnos, cómo atrapar todo aquello que hay de humano cuando la vida, simplemente, deja de estar. Avanzamos temblando, hacia ese lugar incierto que las palabras, todavía, no saben cómo ordenar.

EL MÁS ALLÁ

JUAN JIMÉNEZ GARCÍA

CUARTELES DE INVIERNO, DE OSVALDO SORIANO (ALTAMAREA)

Decía Ricardo Piglia que *Cuarteles de invierno* era tal vez, el mejor libro escrito en el exilio sobre la dictadura argentina. Pienso... La dictadura no se nombra. Es un miedo, es un temor. Es el miedo que se te mete en los huesos, lento, un aire, algo que nos atraviesa, también como lectores, como lectores distantes, en el tiempo, en el espacio. El miedo es algo que no conoce de esas distancias. Está ahí, siempre. Solo necesita, de algún modo, ser llamado, convocado. El temor a los otros, que nadie sea inocente, por acción, por omisión. Los otros. El miedo es algo que surge de dentro. El temor viene de fuera. En la novela de Osvaldo Soriano están ambos, como una única cosa que se enreda en esos dos personajes terminales, esos dos personajes acabados a los que les queda toda la vida por delante. Una vida que se les hará interminable, de la que ni tan siquiera quedaran los buenos recuerdos de épocas emborrionadas en su memoria, porque la transición entre una vida vivida y ese resto por vivir se ve interrumpida por ese derrumbe físico y mental que son los hechos, la sustancia de esta obra. Andrés Galván es un cantante de tangos que tuvo su momento y ahora tiene los restos de esos momentos. Un montón de trastos que no le sirven para gran cosa. Para que lo llamen de un pueblecito para cantar, Colonia Vela. Allí, en la

estación, se encuentra con Tony Rocha, un armario, un tipo tremendo de grande, un boxeador con innumerables victorias y alguna derrota, que también ha sido llamado a las fiestas, para enfrentarse en un combate que puede significar su lucha por el título nacional. Última oportunidad de ser alguien, de darle un sentido a tanto golpe, a la furia y el dolor. Son dos pobres hombres, pero con algo de dignidad, que es lo peor que te puede pasar, en esos años de dictadura militar. Y es que Galván no lo sabe y lo sabrá, que ha sido contratado por los militares. Que la fiesta es de los militares. Y Rocha también, que se tiene que enfrentar a un oficial nacido en el pueblo, aunque a él le da todo igual, porque es un bruto. Un bruto con sentimientos, pero impulsivo. No son héroes ni antihéroes. Son gente corriente.

En Colonia Vela están los militares, la policía y las fuerzas vivas, representadas por la turbiedad, el fango, del doctor Ávila Gallo. Están los que miran a otro lado y los que no miran hacia ningún lado, como Mingo, un indigente, el úni-

co que les ayuda, algo que no le conviene. Un pueblo de muertos vivientes, aunque sería más exacto decir de vivos vivientes. Osvaldo Soriano no escribe sobre la dictadura militar: está ahí, no necesita ser remarcada, sino narrada, dejada a la intemperie de los gestos, de las palabras, de los lugares comunes. Escribía desde el exilio, pero entendía bien que había dejado atrás. Leyéndole sentimos ese miedo. No es una sensación. Es algo físico. En su narrativa sostenida de diálogos, en su sentido del ritmo heredero de la mejor novela negra, todo va desbarrancándose, tocado por la fatalidad. En nuestro estómago, un revoltijo de sensaciones, una falta de aire, que no nos explica, pero nos hace entender aquellos años. Sí, Soriano estaba lejos, pero esa lejanía solo te lleva físicamente a otro lado (que no es poco, conociendo la historia), pero te quedas mentalmente allá, con ese hormigueo de la inquietud. Y es fácil entenderle porque nosotros, aún lejos de lo terrible, estamos cerca de lo inquietante. Estos tiempos absurdos, trágicos, en los que una y otra vez nos representan al borde

de una catástrofe. Tiempos de noticias de mierda, que parecen atentar contra toda esperanza, como si nos quisieran eternamente asustados. Somos igual que nada, igual que ese cantante y ese boxeador, perdidos en lo ajeno, movidos por otras fuerzas y corrientes. Tal vez por eso, cuando leemos Cuarteles de invierno, nos invade ese miedo y ese temor y nunca la indiferencia. Por qué siempre acabo escribiendo sobre mí... No sé dónde leí que la crítica es una forma de autobiografía... Sí, lo sé, pero me da pereza buscarlo. La escritura, como decía Bohumil Hrabal, debe abofetearnos, como hace Osvaldo Soriano. No puede dejarnos fríos, no puede dejarnos solos. No podemos leer sobre aquellos años y quedar impasibles, pero lo verdaderamente grande, es ser capaz de dejarnos al borde del abismo, contándonos unas vidas comunes, como las nuestras, que se ven atrapadas, como atrapadas quedarían las nuestras. No sé si este es el mejor libro sobre la dictadura argentina, pero sí que es un libro terrible (aunque inquietantemente divertido) sobre la condición humana y, por lo tanto y del mismo modo, sobre lo inhumano. Cuando llegamos al final, derrotados todos, entendemos que está bien así. Zarandeados, está bien así. Señales desde el más allá para los tiempos eternamente presentes.

DEJADME DORMIR

FRANCISCA PAGEO

MI AÑO DE DESCANSO Y RELAJACIÓN, DE OTTESSA MOSHFEGH (ALFAGUARA)

[Editorial] En *Mi año de descanso y relajación*, Ottesa Moshfegh hace de Manhattan el epicentro de una civilización, la del año 2000, dominada por la apatía. Como una oscura bella durmiente, la narradora de esta novela decide encerrarse durante un año en su piso de una de las zonas más exclusivas de Nueva York, asistida por una herencia ingente y

por una gran cantidad de fármacos, para dedicarse a dormir y ver películas de Whoopi Goldberg y Harrison Ford. El inicio de un siglo supuestamente trepidante encuentra a nuestra protagonista durmiendo en el sofá con la tele encendida. Con mucho cinismo, series, películas comerciales y narcóticos, y a costa de cortar todo vínculo humano, cualquiera puede sobrellevar esta vida. Ahora bien, ¿lo que queremos es sobrellevarla? miendo en el sofá con la tele encendida. Con mucho cinismo, series, películas comerciales y narcóticos, y a costa de cortar todo vínculo humano, cualquiera puede sobrellevar esta vida. Ahora bien, ¿lo que queremos es sobrellevarla?

AMOR DIVINO

FRANCISCA PAGEO

FICCIONARIO AMERICANO, DE DUBRAVKA UGREŠIĆ (IMPEDIMENTA)

[Editorial] Narrado desde el exilio, el amor y el humor, en *Ficcionario americano*, Dubravka Ugrešić nos expone, organizados como un diccionario ficticio, estos incisivos textos tan relevantes ahora como la primera vez que se publicaron. Una reflexión profunda e hilarante que pone sobre la mesa las miserias de Occidente frente a la tragedia

inmediata de un pueblo marcado por la desposesión y por la guerra.



ESCRIBIR CON RABIA

ÓSCAR BROX

ALGO ESCRITO, DE EMANUELE TREVI (SEXTO PISO)

La historia reciente de Italia está surcada por algunas muertes y asesinatos que han sacudido algo más que a la opinión pública. Quizá sería mejor decir a los cimientos de un *establishment*. Pasó con Roberto Calvi, el Banquero de Dios, o con el superjuez Giovanni Falcone, en aquella época de corrupción total que sostuvieron personajes tan turbios como Giulio Andreotti. Y pasó con Pier Paolo Pasolini, asesinado en Ostia en 1975, en lo que rápidamente se convirtió en un delito italiano. Casi medio siglo después cuesta preguntarse qué habría sido de aquella nación de continuar con vida el director de *Salò*. Cómo habría reaccionado ante el avance implacable de un mundo tecnocapitalista que ya había tenido tiempo de calificar como genocidio. Qué habría dicho a la ola de populismo televisivo que erosionó la salud democrática hasta conseguir aupar a un hombre de negocios como Silvio Berlusconi hasta el sillón de Primer Ministro de la Nación. Cómo habría continuado su proyecto para un cine del tercer mundo, su poesía y su prosa, sus actores y actrices fetiches y esos rostros, vulgares pero bellos -o bellos por vulgares- en los que aún podía encontrar ese momento para lo sagrado, esa subcultura, con la que imaginar otro espacio posible. Emanuele Trevi parece especializado en la biografía esquiva como género literario preferido. Lo

hizo con Pia Pera y Rocco Carbone en *Dos vidas* y lo hace con Pasolini y Laura Betti en *Algo escrito*. Ante todo, el libro cuestiona la pertinencia de la etiqueta de biografía. En el fondo, todo comienza como evocación de una época en la que Trevi entra a trabajar en el Archivo Pasolini bajo la tutela de Betti. En ese punto, digamos, el autor podría narrar lo más parecido a una novela de formación, teniendo en cuenta el carácter volcánico de la actriz italiana a la que, en la mayoría de ocasiones, llama "La loca". Pero esa mujer es algo más. Es, por un lado, el resto de una época; más bien, el ruido. De una época que, definitivamente, no es la de Italia de 1990 en adelante. Un rostro perdido en la edad, un cuerpo rotundo, torpe y, a ratos, descomunal, que sin embargo se mueve con una extraña soltura allá por donde pisa. Y una voz terrible, pura rabia, que no se sabe si dispara tantos insultos como forma de autodefensa o como vindicación de una personalidad que, en cualquier otra circunstancia, habría sido sepultada por el correr del tiempo. Trevi escribe sobre Betti con tanta violencia que cuesta creer lo respetuoso que termina siendo con ella. Hasta cierto punto, su escritura se mimetiza con la de su mentora, desarrollando, entre golpe y

golpe, una ternura hacia ella. Hacia esa humanidad que, pese a todo, está ahí. Hacia lo que representa y lo que representó en vida de Pasolini. Tal vez,

porque intuye en ella un lenguaje que conviene decodificar, del mismo modo que Pier Paolo escribía sus obras. Hay muchas capas, palabras que se retuercen más allá de su uso habitual. Textos que pasan de un género a otro con absoluta fluidez; ahora prosa, ahora poesía, ahora ensayo, ahora soflama. Siempre literatura. Rabia. Acción. El libro versa sobre Betti tanto como sobre Petróleo, la descomunal obra de Pasolini en la que Trevi cifra algo parecido a su punto omega. A partir de ahí, todo está contenido en sus páginas. Y en verdad resulta apasionante observar cómo desgrana cada momento, cada imagen, cada palabra, aquí un dialecto, allí una lectura, un préstamo literario o un puñetazo de lucidez contra lo que, ya entonces, era un genocidio cultural. Puede que porque el libro, o la relación con Betti, acabe justo cuando Berlusconi asciende al Poder. Cuando Italia vuelve a repetir la Historia de las últimas décadas, esta vez como parodia. Cuando se hace más evidente, si cabe, lo necesario de una figura como la de Pasolini para poner en cuestión el devenir histórico, cultural, del país. Por eso el libro oscila, baila con tantos géneros, sin necesidad de casarse con alguno de ellos. Se puede leer como biografía tanto como

CUENTO DE INVIERNO
Una exposición de Francisca Pageo



Fundación Quaes

Coming of Age, como ensayo o minuciosa reconstrucción de época, como retrato y autorretrato. Pero, al final, lo que importa es esa rabia que Trevi hace explícita cuando se acerca al texto, a la sustancia Pasolini. Cuando entra en contacto con su voz y sus palabras, con las anécdotas que aparecen de tanto en tanto, con esa figura de médium en la que se erige Laura Betti. Con ese algo escrito que, en definitiva, es un signo para reconocer donde yace la verdadera literatura. Ese otro relato desde el que escribir la Historia de Italia.

AQUELLOS NADA MARAVILLOSOS AÑOS

JUAN JIMÉNEZ GARCÍA

UNA CARPA BAJO EL CIELO, DE LIUDMILA ULÍTSKAYA (AUTOMÁTICA)

Siento una manifiesta debilidad por la literatura que retrata el periodo soviético y postsoviético. También por esas fotografías de lugares abandonados del mismo periodo, restos del derrumbe, ni tan siquiera ruinas, porque en su estética brutalista, fueron hechos para permanecer hasta un futuro lejísimo, inimaginable, un futuro que se les cayó un día de las manos y, como en un desafortunado juego de malabares, ya no supieron ni quisieron seguir con él. Un día, todo se vino abajo. Se vino abajo lo que ya estaba abajo y se desveló que lo que iba mal podía ir incluso peor, y lo que iba peor, peor aún. Así como el estalinismo (¿cómo podría ser de otro modo?) a menudo se ha tratado como un periodo terrible, como una tragedia absoluta, incomprensible por absurda, lo que le sucedió fue tragicomedia y, no pocas veces, a través del humor de los supervivientes, de los hijos de los supervivientes. Porque si el estalinismo nos mostró el poco o nulo valor de la vida, lo que vino después en aquella Unión Soviética, fue un largo tratado de supervivencia. Cómo no pensar en *Moscú Petushki*, de Venedikt Eroféiev, en el que su protagonista, un trasunto del propio escritor, realiza un viaje en tren, completamente borracho, en el que, cuando se quiere dar cuenta, está de vuelta sin haber-

se bajado en su destino. Qué metáfora del viaje de todo un inmenso país... ¿Cómo olvidar los libros de Liudmila Petrushévskaia, con esas delirantes historias, que, sin embargo, son ciertas? ¿O *El fin del «Homo sovieticus»*, de Svetlana Aleksievich? O Dóvlatov, o Limónov, o... También, claro, Liudmila Ulítskaya, que, en *Una carpa bajo el cielo*, ha escrito la gran novela sobre aquellos tiempos (por algún misterio, entregados a la brevedad del relato). Una nueva gran novela rusa, que parece la aspiración de todo escritor de aquel país, como si la inmensidad solo pudiera y debiera ser alcanzada así. La épica, cierto, pero la épica de los antihéroes. Hablamos de vidas entrelazadas, de tejer un tiempo, de seguir existencias atrapadas en la circularidad de aquellos años (volvemos a Eroféiev). Vivir un presente continuo, sin ser conscientes de esa continuidad, hasta que lo trágico rompe la sucesión de días. Porque en la Unión Soviética, los destinos se rompen por desgracias, rara vez por acontecimientos agradables. Es como si ese "hombre soviético" estuviera abocado a la caída, en una existencia asustada. Y de esto, no se escapaba nadie, ni grande ni pequeño. En un estado de paranoia, todo tiende a la fugacidad, sin puntos de equilibrio ni agarres. Esta es la historia de tres amigos: Iliá, que quería

ser fotógrafo, Misha, que quería ser poeta, y Sania, que quería ser pianista. Y cada uno no lo consigue a su manera, pero

consiguen otras cosas, sucedáneos (algo también muy soviético). Iliá acaba enredado en las corrientes subterráneas que atravesaron aquellos años (publicaciones clandestinas, libros prohibidos, huida-exilio...); Misha cruza turbulencias y, cuando creía estar donde quería estar, todo se desmorona de la manera más ingenua; Sania, al que una herida trunca esas aspiraciones, encuentra otro camino en la musicología. Pero esto es una sola capa, tres únicos hilos. En el reverso (o en el anverso, según se mire), están las mujeres. Por su fuerte presencia, Olga, la mujer de Iliá, es la otra protagonista de la novela, Aliona, la joven y atormentada mujer de Misha, o la ausencia de mujeres, en el caso de Sania. Y familia, amigos y enemigos, que, como las piezas de un inmenso puzzle, van encontrando su lugar (y no es sencillo encontrar acomodo en el puzzle soviético). Aquellos nada maravillosos años. Si ponemos, una detrás de otra, la narrativa rusa desde finales del siglo XIX hasta finales del siglo XX, nos encontraremos con que la felicidad era una rareza (en todo caso, un espejismo personal, individual), que el alma rusa es un lugar sombrío, que los destinos se tuercen con facilidad, y que, pese a todo, hay una vitalidad por ser, por estar, por formar parte de algo. Que la Historia, para ser mediana-

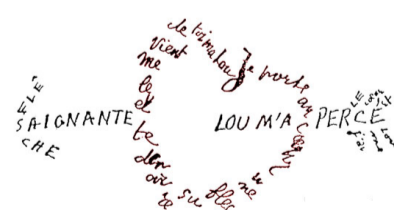
mente entendida, debe ser mirada con lupa, hasta encontrar lo pequeño, y que nos dicen más del siglo las novelas que los libros de historia. Que la historia de la Unión Soviética la escribieron los novelistas, los poetas, incluso con sus vidas, y que esto fue así porque no miraban (o bien poco) los grandes nombres, sino que descendían hasta aquellos millones de desconocidos, ese revoltijo humano lleno de anhelos y temores. Aquellos años, después de todo, fueron los años del miedo, de un sordo temor sobre el que se construía el Estado, y que, cuando todo cayó, por una cuestión de gravedad, dio paso a una desorientación mayúscula, a un no saber qué hacer, a un no tener nada que hacer. El temor, el miedo a aquello que podía ocurrir, desapareció ante la certeza de que ya nadie te iba a perseguir porque ni tan siquiera valía la pena hacerlo: no eras nada, absolutamente nada.

La mejor obra de Kafka fue la Unión Soviética y aquello que la sucedió. El absurdo se convirtió en una manera de estar en el mundo, y cucarachas ignoradas (hasta que se les da muerte o mueren y se les barre) lo eran todos. Pero con esto y a pesar (y eso es también *Una carpa bajo el cielo*), uno sigue siendo una persona, con sus sentimientos y sus cosas, con sus esperanzas, sus amores y desamores, sus relaciones, sus pequeñas y grandes tragedias y sus pequeñas alegrías. Corazoncitos siguen latiendo, y frente a la frustración, están las pequeñas victorias, que son las que nos hacen seguir, aquí y ahora como allá y entonces.

ENLACES: DETOURES | DIARIOS.DETOURES | CORREO: REVISTADETOUR@GMAIL.COM

CUADERNOS DE NOTAS: FLIPBOARD.COM/@REVISTADETOUR

TWITTER/TDETOUR | INSTAGRAM/REVISTADETOUR | FACEBOOK/REVISTADETOUR



literaturas

literatura en détour

LITERATURAS.DETOURES

AURELIA, AURÉLIA,
DE KATHRYN DAVIES
(MUÑECA INFINITA)
GM

EL LIBRO DE LAS
DESPEDIDAS, DE
VELIBOR ČOLIĆ
(PERIFÉRICA) JJG

LA ESCRITURA COMO
UN CUCHILLO, DE
ANNIE ERNAUX
(CABARET VOLTAIRE)
GM

ANNE-MARIE LA
BELLA, DE YASMINA
REZA (ANAGRAMA) JJG

VISITA AL LAGO DE
LOS CISNES, DE LENKA
REINEROVÁ (XÓRDICA)
JJG

ATILA, DE ALIOCHA
COLL (GALAXIA
GUTENBERG) GM

COMO VENENO
VISCOSO, DE ELISA
PARDO PUCH (BRILLO)
GM

ADAM HABERBERG,
DE YASMINA REZA
(ANAGRAMA) JJG

EN BUSCA DEL CIELO,
DE NATHALIE LÉGER
(CHAI EDITORA) OBS

CURAR LA PIEL.
ENSAYO EN TORNO AL
TATUAJE, DE NADAL
SUAI (ANAGRAMA)
GM

EL RUIDO DE
UNA ÉPOCA, DE
ARIANA HARWICZ
(GATOPARDO) GM

TEATRO : ARTE ; TRES
VERSIONES DE LA
VIDA ; UNA COMEDIA
ESPAÑOLA ; UN DIOS
SALVAJE ; BELLA
FIGURA, DE YASMINA
REZA (ANAGRAMA) JJG

DERIVAS, DE KATE
ZAMBRENO (LA UÑA
ROTA) OBS

LA CIUDAD SIN
IMÁGENES, DE JUAN
GALLEGO BENOT (LA
CAJA BOOKS) GM

LA NATURALEZA
SECRETA DE LAS COSAS
DE ESTE MUNDO,
DE PATRICIO PRON
(ANAGRAMA) GM

DÍAS NÓMADES,
DE EDGARDO
COZARINSKY (PRE-
TEXTOS) JJG

OBS ÓSCAR BROX
JJG JUAN JIMÉNEZ GARCÍA
GM GEMA MONLEÓ
FPC FRANCISCA PAGEO



20 DE ENERO, 18:30
LIBRERÍA RAMÓN LLULL

MÚSICA Y
PALABRAS

EL CLUB DE LAS
PRÓXIMAS LECTURAS
POR DETOUR - CLUB.DETOURES